

las legiones con el signo vergonzoso de la cruz. La guerra que nos hace es más bien una guerra de su dios contra nuestras divinidades. El resultado de la batalla decidirá de qué lado está la verdad. Si el dios extranjero, que nosotros despreciamos, ahora triunfa, será necesario que le adoremos y que abandonemos á los dioses que honramos en vano; pero, si nuestros dioses son vencedores, como no lo dudo, volveremos despues de la victoria nuestras armas contra sus enemigos» (1). «Los antiguos dioses del Janículo, dice Chateaubriand, formaron alrededor de sus altares á las legiones que habian enviado á la conquista del universo: frente á aquellos soldados estaban los de Cristo. El lábaro venció á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó sobre la montaña; el tiempo y el género humano habian dado un paso» (2).

La persecucion cesa. Los cristianos á su vez van á hacerse perseguidores. ¿Ha corrido en vano toda esta sangre? ¿No es más que un testimonio de las crueles pasiones humanas? Imbuidos, como los judíos, en el dogma de un Dios vengador, atribuyeron los cristianos á sus extravíos, á la relajacion de las costumbres, á la tibieza de la fe, las pruebas terribles en las que renacia su fuerza (3). Los más exaltados, léjos de temer las persecuciones, se felicitaban de ellas como de una gracia divina. Para ellos la vida era una prision, cadenas las pasiones, criminales los hombres. ¡Felices aquellos que se libertaban de los vínculos de esta vida miserable! Los hierros, los suplicios, la muerte, eran la libertad (4). Estos cristianos ardientes provocaban el combate, tenian sed de la muerte (5): «Es un segundo bautismo, dice Orígenes; pero el bautismo del agua solamente perdona los pecados; el bautismo de sangre los destruye. ¡Felices los que son juzgados dignos de esta regeneracion! Cuando las persecuciones se detienen es que Dios juzga á los fieles indignos del martirio» (6).

(1) EUSEB., *Vita Constant.*, II, 5.

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.—NEANDER, t. II, 1, p. 32-34.

(3) EUSEB., *Hist. Eccl.*, VIII, 1.—CYPRIAN., *De lapsis*, p. 373; *epist.* VII.

(4) TERTULL., *ad martyr.*, c. 2.

(5) CYPRIAN., *epist.* 26 y 56.

(6) ORÍGEN., *Homil.* VII, 2, in *Libr. Judic.*; *Homil.* X, 2, in *Numer.*

Admiramos este heroísmo; creemos que hay algo de verdad en la explicacion del mal considerado como expiacion; pero la sangre generosa vertida en las luchas religiosas debe tener, como la que corre en los campos de batalla, una significacion más alta que el destino de algunas individualidades. Las persecuciones, que debian extirpar el nombre cristiano, contribuyeron á esparcir y á consolidar el cristianismo. *Tertuliano* proclamó esta verdad á la faz de los emperadores: «la sangre de los cristianos es la semilla de nuestra fe» (1). Hay en estas palabras una gran enseñanza para la humanidad: la impotencia de la fuerza para ahogar las doctrinas; el llamamiento á la libertad para el desarrollo del pensamiento. Hasta aquí no ha dado fruto la leccion; se ha abusado siempre y en todas partes de la fuerza para contener el progreso de las ideas. ¡Vanas tentativas! La resistencia fortifica las convicciones; las ideas siguen su camino al traves de todos los obstáculos. Insensatos aquellos que tienen la pretension de oponerse á ellas.

N.º 4.—*El cristianismo vencedor.*

a). *Extension del cristianismo en el mundo romano.*

Si se ha de creer á los Padres de la Iglesia, el cristianismo habia convertido el mundo casi desde su aparicion. Ya en el siglo II *Justino* escribe: «No hay pueblo entre los Griegos, ni entre los Bárbaros, ni en otra alguna raza de hombres, que no dirija en nombre de Jesus crucificado oraciones al Padre y al Creador del universo.» «La Iglesia está esparcida por toda la tierra, dice *Ireneo*; como no hay sino un sol, así se ve desde una extremidad del mundo á la otra la misma luz de la verdad.» En el siglo III *Tertuliano* dirige á los emperadores este valiente apóstrofe: «Somos de ayer y llenamos ya vuestras ciudades, vuestros fuertes, vues-

(1) TERTULL., *Apolog. fine.*—AUGUSTIN., *Serm.* XXII, 4 «*Sparsum est semen sanguinis; surrexit seges Ecclesie.*»—THEODORET., *Serm.* IX, *adv. Græc.* (t. IV, p. 615): αἷμα τῶν ἐκτεθηέντων ἀρδεῖα τοῖς νεοφύτοις ἐγένετο.

tros municipios, vuestras corporaciones, vuestros campos mismos, las tribus, las decurias, el palacio, el Senado y el Foro; no os dejamos sino vuestros templos.» El orador cristiano enumera con orgullo «las naciones y las comarcas que las armas romanas no han podido conquistar y que han reconocido las leyes de Jesucristo, los Partos, los Medos, los Sármatas, los Dacios y los Germanos» (1). El genio retórico de Arnobio y de Lactancio se complace en estas exageraciones: «Desde donde el sol sale hasta donde se pone no hay isla ni provincia que no haya recibido la palabra divina» (2). «La prueba más grande del poder de Cristo, dice *Crisóstomo*, es que su doctrina penetró en el universo entero en veinte ó treinta años» (3). Estas hipóboles fueron recogidas, como la expresión de la verdad, por los escritores eclesiásticos y pasaron á la historia como un axioma. Se dice y se repite que «el cristianismo se propagó con una rapidez sin ejemplo; que la prontitud inaudita con la cual se hizo este gran cambio es un *milagro visible*» (4).

Estas exageraciones deben ponernos en guardia contra la historia que se escribe bajo la influencia de las pasiones religiosas. Es evidente que se han alterado los hechos con el deseo de dar un color milagroso al establecimiento del cristianismo. Siendo el fundador de la religion cristiana el Hijo de Dios, es necesario que todo lo que á ella concierne sea sobrenatural. Se puede afirmar, sin riesgo de engañarse mucho, que la mayor parte de los milagros se parecen al de la extension del cristianismo: el creyente está convencido de antemano de que todo es milagroso, y por esto ve prodigios por todas partes; cuando se considera atentamente la cuestion, se ve que nada ha cambiado en el curso natural de las cosas. Así sucede con el *milagro visible* de la propagacion del cristianismo, el cual á su vez debe servir para atestiguar el milagro de su fundacion.

Aun cuando no tuviéramos testimonios contrarios, esta rápida

(1) JUSTIN., *Dialog.*, c. *Tryph.*, 117.—IRENÆUS, *Heres.*, I, 10, 1.—TERTULL., *Apolog.* 37; *adv. Jud.* 7.

(2) ARNOB., *adv. Gent.*, lib. II.—LACTANT., *Divin. Inst.* V, 13, *de mort. persec.* c. 3.

(3) CHRYSOST., *Homil. 75 in Matth.* (t. VII, p. 726, A.).

(4) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal.*

extension del Evangelio debería ser relegada á la fábula. El cristianismo tenía la pretension de reemplazar á todas las religiones locales; era esto nada ménos que la renovacion de la humanidad entera. Una revolucion tan universal, tan fundamental no es la obra de un día; despues de diez y nueve siglos queda aún al Evangelio la mayor parte de la tierra por conquistar. Citemos algunos hechos para restablecer la realidad de las cosas. Orígenes dice que en su tiempo, no solamente muchos Bárbaros, sino aún un gran número de Romanos, no habian oido la palabra del Evangelio: cita á los Etiopes, los Seres y el Oriente en general. ¿Qué diré yo, añade, de los Bárbaros, de los Germanos que están más allá del Occéano, de los Dacios, de los Sarmatas y de los Escitas, cuya mayor parte no conoce aún el nombre cristiano? El gran teólogo está convencido de que la Luz divina acabará por iluminar al mundo entero, pero presiente la impotencia de los discípulos de Cristo para llevar á cabo esta obra gigantesca; no espera la conversion de la humanidad sino en la segunda venida del Salvador (1). Dos siglos más tarde, *Jerónimo* reconoce que la Galia y la Bretaña estaban aún sometidas al paganismo (2). *Crisóstomo* nos dice que al fin del siglo IV, Constantinopla apenas encerraba cien mil cristianos en una poblacion de cuatrocientas mil almas (3). Sin embargo, Constantinopla era la residencia de los emperadores; el número de fieles debía ser infinitamente menor en las antiguas ciudades paganas y sobre todo en el campo (4). Hé aquí hechos ciertos, atestiguados por los mismos Padres de la Iglesia. ¿Podrá creerse que en presencia de semejantes testimonios continúan los escritores católicos afirmando que desde el siglo III la mitad del Imperio era cristiana? (5)

Léjos de asombrarnos de que el cristianismo haya necesitado siglos para difundirse por el mundo antiguo, admiramos su propa-

(1) ORÍGEN., *Comment. in Matth.* (Op., t. III, p. 857, F.; 858, B. C.).

(2) HIERONYM., *adv. Lucefer.* (Op., t. IV, P. II, p. 298).

(3) CHRYSOST., *Homil. XI, in Act. Apost.* (t. IX, p. 93, D.).—BEUGNOT, *Historia de la destruccion del paganismo*, t. II, p. 195.

(4) Sabido es que pagano viene de *paganus*, habitante del campo. Los campos fueron el último refugio del paganismo, y han seguido hasta nuestros dias siendo el albergue de la ignorancia y de la supersticion.

(5) DE BROGLIE, *La Iglesia y el Imperio romano en el siglo IV* (t. I, p. 178).

gacion como «la más asombrosa revolucion de que la historia guarda memoria» (1). Para llevarla á cabo, ha sido necesario el auxilio de la Providencia: ella es la que preparó el camino á los Apóstoles. En el estado de aislamiento en que vivían los pueblos antiguos, la predicacion del Evangelio hubiera sido imposible: los conquistadores, instrumentos de los designios de Dios, los unieron en un inmenso imperio (2). La rivalidad y el ódio de las naciones entre sí hubieran sido un obstáculo invencible para la propagacion de una religion universal y humana; en tiempo de la venida de Jesucristo, las que habian desempeñado un papel histórico habian muerto ó estaban en decadencia. La diversidad de lenguas hubiera detenido á los misioneros salidos de la Judea: las conquistas de Alejandro, las colonias griegas que se extendian por las costas de la Europa y del Asia, difundieron por todas partes la lengua griega. Escritos en griego, los Evangelios fueron comprendidos por todas partes. Así, por un beneficio divino, nada impidió la circulacion de la *buena nueva*.

El estado moral de la antigüedad pedía el establecimiento de una nueva religion. El paganismo habia dejado de dirigir las almas; no era ya considerado sino como un freno para contener las malas pasiones de las clases inferiores. Escevola, soberano pontífice, y Varron, uno de los grandes teólogos de Roma, decian que era necesario que el pueblo ignorase muchas cosas verdaderas y creyera en muchas falsas (3). Los hombres de estado y los filósofos afectaban en público un celo excesivo por creencias de que se reian en particular (4). Cuando una religion ha llegado á este estado, está muerta, aunque pueda vegetar aún durante siglos. Pero los hombres no pueden vivir mucho tiempo sin creer, porque la religion es la vida. La necesidad de la fe se manifestaba en el mundo romano por las supersticiones más extravagantes. Esta credulidad

(1) LAMENNAIS, *Reflexiones*.

(2) OROS., *Hist.* VI, 1: «*Ut in magno silentio ac pace latissima inoffense et celeriter novi nominis gloria, et annuntiata salutis velocis fama percurreret: vel etiam ut discipulis ejus per diversas gentes euntibus, ultroque per cunctos salutis dona offerentibus, abeundi ac disserendi, quippe romani civibus inter cives romanos, esset tata libertas.*»

(3) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, IV, 21.

(4) MONTESQUIEU, *Política de los Romanos en la Religion*.

excesiva favoreció la predicacion del Evangelio. Los Judíos estaban preparados para la venida del Mesías; le esperaban con impaciencia. Pero los gentiles eran extraños á las esperanzas mesiánicas. Para aceptar al Mesías como Salvador, como Hijo de Dios, como encarnacion del Verbo, necesitaban una creencia muy decidida en lo sobrenatural. Precisamente esta tendencia supersticiosa es la que caracterizaba á la sociedad antigua en su decadencia; era incrédula, sin ser racionalista. Aunque habia dejado de creer en los dioses del Olimpo, creia de buen grado en los prodigios que le referian los charlatanes de toda especie que venian del Oriente á explotar la estupidez humana. Generaciones que daban fe á los taumaturgos y á sus supercherías, debian admitir fácilmente las cosas maravillosas que anunciaban los apóstoles de Cristo.

La fusion de doctrinas y de creencias que se operó en la decadencia de la antigüedad procuró al cristianismo el acceso de almas religiosas y de elevadas inteligencias. Este sincretismo no tenía poder para devolver la vida á las antiguas religiones, mucho ménos aún para producir una religion nueva. Era una obra de ciencia, y no es la ciencia la que funda las religiones. Pero era una ciencia que se convertía en religion; era, pues, favorable al desarrollo del sentimiento religioso. Las verdades ocultas en las diversas religiones se despojaron del velo supersticioso que las alteraba; las escuelas filosóficas abdicaron el espíritu de secta para agruparse al rededor de algunos dogmas generalmente admitidos. La antigüedad se concentraba y se resumía en cierto modo para dar la mano al cristianismo.

Estas causas explican la propagacion de la religion cristiana. Sin embargo, los obstáculos que encontró eran inmensos. Aunque el politeísmo habia perdido el imperio de las almas, dominaba aún por el poder de la costumbre y de los intereses; la gran mayoría de los hombres permanecian inclinados á las supersticiones de lo pasado. La filosofía habia preparado el cristianismo, pero habia una oposicion profunda entre la fe nueva y la civilizacion antigua. Es verdad que las persecuciones provocadas por esta oposicion habian cesado y que el cristianismo era vencedor, pero le quedaba por hacer la conquista de la sociedad pagana. Era ésta una obra gigantesca. Los emperadores cristianos pusieron su po-

der al servicio de la propaganda cristiana; sin embargo, en tiempo de la invasión de los Bárbaros, el paganismo estaba aún en pie: unido íntimamente á la civilizaci6n antigua no pereci6 sino con la antigüedad.

b). *Lucha con el paganismo* (1).

En la segunda mitad del siglo IV un pagano visit6 á Roma. El trono imperial estaba ocupado por el hijo de Constantino: el cristianismo estaba triunfante. ¿Cuál fué el espectáculo que impresion6 al viajero en la capital del imperio? ¿Fué la apostasía de los ciudadanos romanos que se habian hecho cristianos? ¿Fueron las iglesias donde se celebraban los misterios de Cristo? «Hay, dice el ge6grafo latino, en Roma siete vírgenes que por la salud de la ciudad celebran las ceremonias de los dioses segun la costumbre de los antiguos; se las llama vírgenes de Vesta..... Los Romanos honran á los dioses y particularmente á Júpiter, al Sol y á Cibéles. Sabemos ademá que entre ellos existen arúspices» (2).

El cristianismo habia llegado á ser la religion de los emperadores; si escuchamos á los historiadores de la Iglesia, el paganismo no existia ya. Sin embargo, la capital del mundo romano era aún pagana; los cristianos formaban una minoría imperceptible, hasta el punto de que su existencia apénas llamaba la atenci6n de los viajeros. Este hecho no responde á la idea tradicional que se tiene de la influencia de Constantino en la destrucci6n del politeísmo (3). No necesitamos examinar los motivos que obligaron al Emperador á abrazar la nueva fe. Los filósofos del último siglo se han complacido en representar al primer príncipe cristiano como

(1) BEUGNOT, *Historia de la destrucci6n del paganismo en Occidente*, 2 v. 1835.—CHASTEL, *Historia de la destrucci6n del paganismo en el imperio de Oriente*, 1 v. 1850.

(2) HUDSON, *Geogr. minor.*, III, 15.

(3) Se le ha llamado el segundo fundador del cristianismo. DE POTTEB, *Historia del cristianismo*, t II, p. 169.

un político que no se convirti6 sino por motivos de interés (1). Es cierto que sus actos están poco en armonía con los preceptos del Evangelio. Aun suponiendo que Constantino estuviese animado de sentimientos religiosos (2), era imposible que el Emperador declarára la guerra á las creencias de la gran mayoría de sus súbditos. Tuvo buen cuidado de asegurárselo así á los paganos, que al ver que el dueño del imperio cambiaba de religion, temian que les obligára á abandonar su culto; les invit6 á seguir su ejemplo, pero conociendo el poder invencible de las costumbres y de las preocupaciones, declar6 que no inquietaría á aquellos cuya ceguera resistiera á la luz celeste (3). Estas palabras contrastan con los elogios exagerados de los escritores eclesiásticos que idealizan en cierto modo á Constantino, atribuyéndole todo lo que los emperadores hicieron por la destrucci6n del paganismo. Eusebio dice que prohibió en las ciudades y en los campos las prácticas abominables de la idolatría; Orosio le elogia por haber destruido el culto pagano (4). Se cita una ley por la que habia prohibido los sacrificios. La existencia del decreto es dudosa (5); al ménos no se encuentra huella alguna de su ejecuci6n (6).

Constantino procur6 atraer á los paganos al cristianismo por medio de beneficios materiales. Estas falsas conversiones fueron numerosas. No es así como Jesucristo y los ap6stoles ganaban las almas. La corrupci6n no podia engendrar sino conversiones engañosas. Pero lo que hay en esto de notable es que los medios de seducci6n, aunque apoyados en la autoridad imperial fueron impotentes sobre la masa de los gentiles. Sin embargo, las riquezas

(1) «Al Dios del cielo he prodigado el incienso, pero todos mis cuidados por su suprema grandeza, nunca tuvieron otro objeto que yo mismo» (VOLTAIRE, *Véase Ensayo sobre las costumbres*, c. X).

(2) NEANDER (*Gesch. der Christl. Relig.*, t. II, 1, p. 10) y BEUGNOT (lib. I, c. 2) atribuyen la conversi6n de Constantino á convicciones más que á consideraciones de interés. GIBBON mismo confiesa que la religion, ó al ménos la superstici6n, tuvo una parte en la determinaci6n de Constantino (*Historia de la decadencia del imperio romano*, c. XX).

(3) EUSEB., *Vita Constant.*, II, 56, 60.

(4) *IBID.*, *Vita Constant.*, II, 45.—OROS., *Hist.*, VII, 28.

(5) El decreto no se encuentra en el Código Teodosiano, pero una ley de los hijos de Constantino hace alusi6n á él (L. I, 2, *Cod. Th.* XVI, 10).

(6) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, p. 343, nota n.

y los honores que se prodigaban á los cristianos tenían un gran atractivo para el mundo greco-romano. Esto prueba la tenacidad de las antiguas creencias. ¿Debemos asombrarnos de ello cuando se ve al emperador mismo caer de nuevo alguna vez en las antiguas supersticiones? (1).

No se destruye á fuerza de leyes un culto que tiene raíces seculares en los espíritus. Constancio dió decretos sobre decretos para la abolicion del paganismo en todo el Imperio; llegó hasta á imponer la pena de muerte á los que hicieran sacrificios á los dioses (2). Pero esta ley de sangre, si fué publicada, no debió al ménos llevarse á ejecucion (3); un filósofo, convicto de haber practicado el antiguo culto, no fué castigado sino con el destierro (4). Cuatro años despues de la fecha del edicto, Constancio visitó á Roma: «Conservó respetuosamente, dice *Simaco*, los privilegios de las Vestales; confirió las dignidades sacerdotales á los nobles de Roma; concedió las sumas ordinarias para los gastos de fiestas y sacrificios públicos, y aunque había abrazado una nueva religion, nunca trató de privar á los súbditos del imperio del culto sagrado de sus antepasados» (5).

Nada pinta mejor el poder de la antigua religion que la conversion de uno de los grandes de Roma al fin del siglo iv. Paulino pertenecía á una de las más ilustres familias del imperio, había ocupado los más altos cargos; la influencia de *Ambrosio* y una voz interior le hicieron abandonar el mundo. Merece verse en la correspondencia de los Santos Padres la alegría que este suceso causó en la sociedad cristiana: «Admiremos, dice *Ambrosio*, el valor con que un hombre de este rango confiesa á Jesucristo.» «Véte á la Campania, escribe *Agustin*, haz por conocer á este san-

(1) Creía en el arte de los arúspices y en el poder de la magia (L. I, 3, *Cod. Th.* vxi, 10.—*ZOSIM.*, II, 29).

(2) L. 4, *Cod. Th.*, xvi, 10.

(3) DE LA BASTIE (*Memorias de la Academia de Inscripciones*, t. xv, p. 93) conjetura que esta ley no era sino un proyecto hallado entre los papeles de Constancio é insertado en seguida en el Código Teodosiano. CHASTEL cree que la ley fué realmente publicada, pero que no fué ejecutada con rigor. BEUGNOT refiere la ley á Teodosio.

(4) AMMIAN. MARCELLIN., xix, 12.

(5) SYMMACH., *epist.*, x, 54.

to servidor de Dios, Paulino, que con un corazon tanto más generoso cuanto más humilde, ha despreciado todas las grandezas del siglo, para llevar, como lo hace, el yugo de Jesucristo» (1). *Jerónimo* y *Martin* se muestran tan sorprendidos como satisfechos de esta victoria alcanzada sobre el paganismo. Los paganos rehusaron al principio dar fe á una accion tan indigna: «¿Cómo suponer que un hombre de tal familia, de tal raza y de tal carácter haya abandonado al Senado?» Cuando no pudieron ya dudar del hecho su furor estalló en injurias y calumnias; despues toda la sociedad antigua abandonó al neófito, se creó en su derredor una verdadera soledad. Escuchemos las amargas quejas de San Paulino: «¿Dónde están ahora mis parientes y allegados? ¿Dónde están mis antiguos amigos? ¿Dónde están aquéllos con quienes yo vivía en otro tiempo?... He llegado á ser extraño para mis hermanos, desconocido para los hijos de mi madre. Mis amigos se han alejado de mí, han pasado á mi lado como un rio que corre, como una ola que se retira; parece que he llegado á ser para ellos un objeto de confusion y que se ruborizan al verme» (2).

Así, pues, al cabo de cuatro siglos de cristianismo, la conversion de un senador era aún un suceso casi increíble. *San Ambrosio* no exageraba, pues, al llamar á Roma la *capital de la supersticion* (3). El Evangelio había hallado acceso en las ciudades de Italia, pero los misioneros apenas osaban aventurarse en medio de los habitantes del campo; más de uno halló entre ellos el martirio. La Etruria era como la tierra santa del paganismo; orgullosa con su ciencia augural y sus misteriosas tradiciones, conservó hasta en el siglo v los adivinos y los augures del culto proscrito. Las islas que guarnecen las costas de la Italia eran enteramente paganas.

Los historiadores eclesiásticos dicen que la Galia se hizo cristiana desde los primeros siglos de nuestra era: á creerlos, se diría que bastó la palabra de un misionero para derribar los ídolos. En realidad, la influencia de los primeros predicadores fué tan poco

(1) AMBROS., *ep.* 58 (t. II, p. 1013 y sig.).—AUGUSTIN., *ep.* 26 (t. II, p. 62).

(2) PAULIN., *epist.*, xi, 3.

(3) AMBROS., *Serm.* II in festo Petri et Pauli. *Sermo* 66.